

El galeón

Por Francisco J. Gómez – El Conde Jayán

-Perros herejes –masculló entre dientes el soldado.

Pero no dijo más, por no perder resuello y concentración. Tras el estampido del disparo y la nube grisácea de la pólvora se echó al suelo con la espalda contra la baranda de madera y con el arcabuz entre las piernas, repitiendo los movimientos maquinalmente: pólvora a la cazoleta para cebar el mecanismo, así como al caño caliente del arma, seguida de la bala y el taco, golpe de baqueta, soplar la mecha del serpentín y encarársela de nuevo, buscando con la mirada al siguiente asaltante. La operación requería el tiempo de dos avemarías o dos paternóster, y había quién los rezaba.

Otro estampido a su derecha y el chascar de una bala al dar en carne seguido de improperios en la parla de la pérfida Albión le devolvieron a la realidad. Un camarada se reía a carcajadas, con una mueca cruel en los labios.

- Facyú- escupió el tirador-. Qué se jodan.

El soldado dirigió de nuevo la vista por encima de la sólida baranda, visualizando fugazmente el terrible paisaje que se alcanzaba desde la alta toldilla del alcázar de popa: la tablazón de cubierta destrozada, la jarcia cortada balanceándose al viento arrastrando los jirones de velamen, astillas afiladas como puñales clavadas por doquier, los cuerpos inmóviles sobre cubierta y la sangre chorreando por los imbornales. Y los piratas. Los muy hideputas les habían venido encima en el peor momento, como solían.

El galeón Nuestra Señora del Carmen formaba parte de la Flota de Indias, y había partido del puerto de la Habana apenas tres jornadas atrás, acompañado de otras tantas naves que, como él, regresaban a España cargados hasta los topes con las más preciosas mercaderías del Nuevo Mundo, pero especialmente, del argénteo metal que era la sangre en las venas del Imperio. Escoltadas y en gran número, las naves no deberían haber sufrido más riesgos que los habituales en la travesía, pero al anochecer del segundo día se abatió sobre la Flota un impetuosa tormenta –nada infrecuentes en esas aguas-, dispersándola y dañando las naves. Tras una noche batiéndose contra el enfurecido Poseidón, el vendaval terminó por amainar, encontrando el alba al capitán Urdemalas extenuado por la prolongada pugna y sin grandes desperfectos en la nave, excepción hecha de algunos desgarrones en el velamen. Hasta donde alcanzaba la vista sobre el mar llano y tranquilo como un espejo no se veían más naves de la Flota, y en el horizonte, por la amura de babor, se adivinaba la costa de La Florida.

Entonces aparecieron. Al principio no eran más que tres velas lejanas, a popa. Pero debido al precioso tiempo que tuvieron que invertir en reparar los desperfectos en las velas y a que el viento rolaba de levante –las enormes velas cuadras del galeón gualdrapeaban sin fuerza-, al poco les fueron dando alcance. A mediodía, con el sol en su cenit, ya podían distinguirse: se trataba de tres bergantines, muy veleros, de afiladas líneas y en cuyos mástiles ondeaban banderas negras, aunque ello estaba de más; por la

forma en que les venían dando caza, y en barcos de construcción inglesa, aquello era blanco y en botella.

Con los perseguidores casi a tiro de cañón el viento cambió y empezó a rolar de poniente, con lo que las velas del galeón se hincharon, tensando la jarcia y haciendo crujir perceptiblemente la arboladura. Urdemalas trató desesperadamente de evadir la caza ante la desigualdad de fuerzas, por lo que hubo de forzar vela, ordenando desplegar todo el velamen. El primer cañonazo de la culebrina de proa de uno de los ingleses levantó un piquete de agua a popa del galeón. Los marineros veteranos miraban con preocupación hacia arriba, ante el creciente crujir de la arboladura, que se quejaba así de la excesiva presión ejercida por el viento a través de las velas sobre los castigados maderos. Hasta que finalmente, ocurrió: con sonoro estruendo se partió el mastelero del mayor, y al poco una rugiente bola de cañón atravesó el velacho, agujereándolo. Aquello era cosa hecha. El capitán Urdemalas mandó tocar a zafarrancho, con todos los artilleros sirviendo sus piezas, los marineros haciendo maniobrar a la pesada nave sobre su banda de babor, los soldados aprestándose de arcabuces, pistolas, chuzos y espadas de abordaje. Con los piratas ya encima, los cañones del Nuestra Señora del Carmen desataron el infierno en el bergantín que venía en cabeza, largándole una linda rociada que le desarboló el trinquete y barrió la cubierta, dejándole buen golpe de hombres tumbados sobre la misma.

Pero eso fue todo, puesto que los ingleses, sabiéndose superiores en número, artillería y contando con el barlovento, jugaron a lo que solían: aprovechándose de su excelente artillería, se dedicaron a acribillar con mucha profesionalidad y buena mano la nave española, destrozando la jarcia y el velamen con palanquetas, desmontando las baterías de cañones sobre sus cureñas con balas de cañón y barriendo la cubierta con metralla; procurando, eso sí, estorbar un posible abordaje desde el galeón, buenos conocedores de la valía de sus adversarios en el combate mano a mano; así como tampoco dañar el casco de gravedad, pues botín hundido –y más si éste es galeón de la Flota de Indias española a rebosar de plata americana- es mal botín. Tras contestar como pudo al fuego enemigo, disparando sus piezas artilleras a discreción, el solitario galeón quedó a merced de sus atacantes, que finalmente decidieron abarloarse con el mismo y abordarlo. Y quedaron decepcionados los ingleses si pensaron que ya habían rendido la fortaleza flotante, puesto que lo más feroz del combate –al menos por la parte que a ellos los tocaría sufrir- estaba aún por llegar, con los supervivientes al carnicero cañoneo inglés batiéndose con ellos como si de ello dependiera su salvación –que tal era el caso-. Pesiatal, y tras rechazar varias partidas de desembarco de los tres bergantines – que a tales alturas del negocio estaban borda con borda con el galeón-, con las balas de arcabuz y mosquete hendiendo el aire en todas direcciones, los falconetes de cubierta siendo disparados desde la borda, espadazo va y pistoletazo a bocajarro viene, la fuerza española fue debilitándose, y los últimos restos de la tripulación hubieron de irse batiendo en retirada hacia el reducto que suponía la elevada toldilla del alcázar de popa, ordenadamente, sin volver la espalda al enemigo, los hombres hombro con hombro y cerrando un círculo, voto a Dios que parecían lobos, lanzando dentelladas de acero y escupiendo fuego sobre la marea de enconados piratas que poco a poco, se les iba echando encima.

Y allí estaban, batiéndose el cobre ya no por defender la plata del Rey, ni por el orgullo patrio, sino por sus propias vidas, contra los sanguinarios perros del mar que en mala hora la putísima isleja de Albión parió, de los que ninguna piedad cabía ya esperar

-no quarter, no quarter, gritaban los hideputas-, pues un certero cañonazo a bocajarro del galeón en la línea de flotación de uno de los bergantines ya abarloados le había abierto una incurable vía de agua, y se estaba yendo rápidamente a pique.

-Pinta mal la cosa, pues -le dijo al soldado su camarada, con acento de vascongado-. Me queda munición para tres disparos más, y pólvora para algo menos. Además, ya somos los que estamos- refirió con tinte amargo, mientras barría con un gesto circular de la mano el espacio de la toldilla-. Ni más, ni menos- remató ecuánime.

El soldado siguió el gesto de la mano, observando la exigua guarnición del último bastión: además de él mismo y su camarada vizcaíno, había tres soldados veteranos más arcabuceando sin descanso a los asaltantes -caras ennegrecidas de pólvora quemada, bigotazos enhiestos-, un artillero reconvertido por las circunstancias a mosquetero, dos marineros armados con medias picas que trataban de mantener alejados a los ingleses de la escalera -sin levantarse mucho, por aquello de los gorrones de plomo que pasaban zurreando y chascando contra el cercano palo de mesana-, un barbudo sargento de infantería de marina que se desangraba apoyado contra los maderos, pistola en mano, y Luisillo, un pajecillo de a bordo, que agachado se aprieta contra una esquina, llorando en silencio de puro terror; esto sin contar los 4 ó 5 cadáveres de los buenos compañeros que habían ido pereciendo desde que estaban allí arriba, que razonable reducto sí, pero de inexpugnable alcázar -engañoso nombre- nada.

-Al menos a esos menguados no se les ha ocurrido utilizar frascos de fuego. O eso o no tienen- opinó uno de los veteranos mientras recargaba su arma, sin mirarlos siquiera, atento a cada movimiento -ya casi instintivo- del proceso-. De lo contrario hace ya rato que nos habrían aviado-.

Y era cierto. Demoníaca invención, la de los frascos de fuego. Y sencilla a la par, pero no por ello menos eficaz. Un frasco de vidrio o cerámica, pólvora, sustancias inflamables, una mecha, un reducto enemigo, lanzamiento y pimba. Asunto resuelto y angelitos al cielo.

Un estertor. El sargento de infantería de marina no iba a durar mucho más. De repente, tras descargar los tres veteranos sus arcabuces en línea, cae muerto el artillero de un tiro, con su mosquete rodando por la tablazón, y se eleva un clamor entre los asaltantes, y ruido de pasos que suben por la escala, pese a estar a estas alturas obstaculizada por varios cuerpos de herejes que intentaron anteriormente tomar la toldilla por asalto. El vizcaíno y el soldado que disparan sobre el grupo que sube, empujado por sus correligionarios. Esos herejes que se ensartan en las medias picas que enarbolan los marineros. Esos arcabuceros veteranos que sueltan las armas a medio cargar, y desenvainan las herreruzas y alguna que otra daga. Cling-clang de aceros, blasfemias, empujones y apellidar a Santiago y a España. Ese soldado veterano que tras dejar a varios piratas pisándose las tripas es alcanzado por un traicionero y cobarde mosquetazo lejano, cayendo de espaldas en un Jesús, y ese pirata aullante que trata de colarse por la brecha abierta, sólo para recibir el disparo de la pistola del moribundo sargento de marina que le lleva media cara, salpicando a sus compañeros asaltantes. Y esos soldados veteranos que se enfurecen por su camarada caído, por su amigo, y acometen rugiendo a los enemigos, que sólo pueden subir de dos en dos por la estrecha escala. El soldado y el vizcaíno que disparan sus arcabuces, y los marineros que arremeten con las picas, gritando -¡¡Vaspaña!!-. Y esos perros del mar, que se dan la vuelta más muertos que vivos, que tropiezan con los que suben y con los cuerpos de los caídos. Y esa terrible retirada, chocándose unos con otros, ensartándose en las armas de

sus camaradas con la confusión de la marabunta, con los ojos desencajados de auténtico horror. La debacle y la vorágine.

Arrancan vítores desde la toldilla, para indignación y confusión de los ingleses. Los defensores del baluarte celebran así su férrea resistencia, y a falta de vino, lo riegan con una nueva rociada de plomo desde lo alto, haciéndole pagar caro al inglés la muerte de sus compañeros caídos.

El sargento de infantería de marina yace muerto sobre la tablazón, lo que hace que el anónimo soldado, mero cabo de escuadra, ascienda vertiginosa y circunstancialmente en el escalafón militar, quedando al mando efectivo del navío español (o más bien de lo que queda de él y de su dotación).

Sigue granizando fuego sobre la toldilla, y otro de los arcabuceros veteranos cae de un balazo que le abre el pecho, tras lo que uno de los marineros suelta su media pica y se pone a cargar el arma recién abandonada, con la torpeza del neófito, pero con el valor de un Cid. Ante la perspectiva y el inminente desenlace que sin duda se avecina, el cabo toma una decisión.

- Luisillo -dice con voz ronca, por la garganta reseca de gritar, de la pólvora y de la sed-. Ya sabes lo que hay.

A lo que el pajecillo –apenas trece años, pero ágil como un mono- responde sorbiéndose los mocos, y afirmando levemente con la cabeza, para levantarse acto seguido con mucho tiento, y descolgarse por la popa, por el lateral de fuera de la nave, buscando colarse por las ventanas en la camareta del capitán. –Dios le guíe- piensa para sus adentros el soldado- en su postrer cometido-. La rabia le corroe por dentro, una furia ciega, negra ira, contra el mismo Dios al que acaba de apelar, contra los ingleses, el Rey, la Patria y la jodida plata.

-¡Arreciad! ¡Mantenedlos ocupados!- ordena a sus camaradas con la garganta en carne viva, pensando en darle vía libre al joven pajecillo. –¡Señores soldados, demostrémosles que Iberia pare leones!- sentenció, arengando a su decreciente mesnada.

Luisillo apenas si ve por donde va, en mitad de la vorágine, tras descolgarse por la popa, entrar por las ventanas de la camareta del capitán y salir a cubierta, agachándose, rodeado por todas partes de ingleses que ni lo ven, enfurecidos, enconados, olfateando el cansancio de los defensores, dispuestos a cobrarse en sangre tan decidida y valerosa, a la par que frustrante y aparentemente fútil resistencia. Y fuere providencia divina, habilidad del rapaz o vaya usted a saber qué, logra alcanzar una de las escotas que se abren en cubierta, penetrando en las ahora silenciosas entrañas del barco, que a estas alturas más que navío se antoja ataúd flotante.

-Mierda de Cristo- maldice el último de los arcabuceros veteranos-. Ya no tengo qué disparar. Ni mi provisión, ni la de los camaradas que en paz descansan- añade mientras se persigna, para acto seguido desenvainar de nuevo espada y daga, siempre agachado tras la baranda.

Tras efectuar su último disparo, el marinero que había tomado el arcabuz –tras un par de disparos la necesidad le ha hecho casi veterano en su manejo- hizo lo propio, recuperando su abandonada media pica de abordaje. Ambos se aprestaron a defender de nuevo el coronamiento de la escala junto con el otro marinero, que permanecía en su puesto.

-¿Cómo vas?- susurra el vizcaíno al soldado.

-Contando las reservas de los caídos, un par de descargas más. Y la pistola – respondió éste, amargo, con la cabeza puesta en el pajecillo.

-A mí me queda el que estoy cargando, pues. Y ésta, que no se gasta- sonrió palmeando la tizona colgada al cinto-.

Le devolvió el cabo la sonrisa como una mueca macabra. Pero el gesto se le heló a medias, al clavar la vista hacia arriba, en dirección al mástil.

-La bandera- dijo escuetamente.

El vizcaíno siguió su mirada, y entonces lo vio. Un inglés que trepaba por los flechastes del palo mayor, buscando arriar la bandera blanca con el aspa roja de San Andrés, para rendir el barco y hacer mayor escarnio de los españoles.

-Vive Dios- farfulló iracundo el vizcaíno, mientras encaraba el arcabuz y le buscaba el punto al fulano. Pero antes de apretar el gatillo, un estampido resonó a su izquierda, muy cerca, sobresaltándole, pues no lo esperaba. Acto seguido y antes de comprender lo que había sucedido, oyó un ruido como de algo pesado que cae al agua, y al girar la vista hacia el lugar de donde provino el estampido, se encontró con la cara de honda satisfacción y una sonrisa dibujada en los labios del cabo de escuadra, que sostenía el humeante arcabuz en la mano.

Aquello fue ya demasiado para los ingleses. Habiendo percibido que las descargas desde la toldilla eran menos frecuentes y enfurecidos por lo de la bandera, cargaron de nuevo escaleras arriba -decididos a acabar por las bravas y de una puñetera vez-, con el soldado veterano espada en mano y los dos marineros bloqueaban la cúspide de la escala al arma blanca. El vizcaíno que dispara por última vez, tirando a un perro hereje de espaldas, sobre sus compañeros, deja caer el arma –ya inútil- sobre la tablazón y desenvaina tizona y daga, casi con desgana, con hastío. El cabo que hace lo propio tras repetir por última vez el complejo proceso de recarga del arma, empuñando finalmente la tizona con la mano derecha, la pistola con la izquierda. –Mierda de vida - piensa-. Pero puestos a que la plata no llegue a España, mejor para nadie, antes que para los herejes anglicanos. Ni jarto de Valdepeñas.

-¡Teneos fuerte compañeros! ¡Tened, tened! ¡Santiago! ¡Cierra España! ¡Vivaspaña! ¡¡Vaspaña!!

Y tener, tuvieron fuerte. Peleando, batiéndose y luchando cayeron uno a uno, como los buenos. Uno de los marineros perdió la media pica en el cuerpo de un enemigo, que cayó al agua, encontrándose con un buen palmo de acero en la garganta, antes de poder desenvainar su grueso chafarote. Y acto seguido lo acompañaron el otro marinero, con la cabeza hendida por un hachazo, y el último soldado veterano, que tras llevarse por delante a cuanto enemigo se le puso a mano, y con la daga trabando una espada y estocando con su tizona, cayó de un tiro de pistola a bocajarro, en el pecho.

-Hasta aquí hemos llegado- dijo el vizcaíno mirando al soldado, al tiempo que le caían encima varios enemigos, como bestias feroces, aullantes ahora con la victoria prácticamente en las manos, ensañándose con el caído.

Y un hondo cansancio invadió al solitario soldado, casi enternecedor en su abandono en la siniestra toldilla, despojada de todo camarada, pero repleta de despojos de los mismos, con una marea infernal que amenazaba con hacerlo caer en el olvido, y contra la que descarga su patética pistola. Y justo en ese preciso instante, Luisillo, en lo más profundo de las entrañas de la balanceante bestia de madera, se para delante de la robusta puerta. Suspira, animándose a acabar ya de una vez. Nadie que viera su semblante en aquel momento se apercibiría de su juventud, viéndose obligado como

estaba a madurar a marchas forzadas, mientras coge la lámpara de aceite que ilumina junto a la puerta, y empuja ésta que se abre pesadamente sobre sus goznes, chirriando. Y da un paso dentro del santísimo habitáculo, del alma guerrera del navío, de la santabárbara, y sin pensarlo dos veces, estrella la prendida lámpara contra el suelo, sobre la inmensa montaña de pólvora.



Galeón español (siglos XVI-XVII)